

RÉMI BRAGUE

EUROPA,
LA VÍA
ROMANA



CEU

Real Instituto Universitario
de Estudios Europeos

Universidad San Pablo



Rémi Brague

Europa, la vía romana

Traducción de Juan Miguel Palacios



Título en idioma original: *Europe, la voie romaine*

© El autor y Fleurus Éditions

© Publicado por primera vez en francés por Criterion, París, Francia - 1992

© Capítulo VIII: Rémi Brague, 2004

© Ediciones Encuentro S. A., Madrid 2023 y

Real Instituto Universitario de Estudios Europeos

Traducción de Juan Miguel Palacios

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 116

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: TG-Madrid

ISBN: 978-84-1339-163-2

Depósito Legal: M-29757-2023

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

NOTA A LA NUEVA EDICIÓN.....	9
I. LAS DIVISIONES CONSTITUTIVAS.....	13
Contenido y espacio	13
Un asunto de conciencia.....	16
Dicotomías	18
Una memoria con cicatrices	24
Una pertenencia graduada.....	27
El este de Europa.....	28
¿Una identidad europea?.....	30
Plan.....	33
II. LA ROMANIDAD COMO MODELO.....	35
Un doble propio.....	35
El tercer término: lo romano.....	37
¿Quién teme a la loba feroz?.....	38
¿No han inventado nada?.....	40
El pueblo del principio	43
La actitud romana.....	45
El acueducto.....	48
Entre «helenismo» y «barbarie»	50

III. LA ROMANIDAD RELIGIOSA:	
EUROPA Y EL JUDAÍSMO	53
Los dos sentidos de «judaísmo»	54
Europa en la historia judía.....	55
La aportación judía a Europa.....	58
La aportación del antiguo Israel	61
La secundariedad del Cristianismo	63
La relación con el Antiguo Testamento.....	65
El Islam y los libros anteriores.....	68
El Cristianismo y los textos de la Antigua Alianza.....	71
IV. LA ROMANIDAD CULTURAL:	
EUROPA Y EL HELENISMO	75
Los griegos: copiar	76
El trabajo de conservar	77
¿Destrucciones?	78
Caducidad	80
La lucha por la supervivencia.....	81
Los árabes: traducir	84
El contenido transmitido.....	87
Los romanos: adaptar.....	91
Reconocimiento y denegación.....	93
Una historia continua	96
V. LA APROPIACIÓN DE LO EXTRAÑO	101
Diversas maneras de apropiarse.....	102
¿La mejor de las lenguas?	105
Enanismo y nostalgia	108
Entre historicismo y esteticismo.....	110
Tirar la cáscara	112
Inclusión y digestión.....	114

VI. UNA IDENTIDAD EXCÉNTRICA.....	119
El fundamento religioso de la secundariedad.....	119
La idea de «Renacimiento»	123
Humanismo musulmán y Humanismo europeo.....	125
Humanismo con o sin Renacimiento.....	129
La secundariedad cultural.....	130
Dos culturas sin Renacimiento	132
Becarios y advenedizos.....	135
Una adopción inversa	139
VII. PARA UNA HIGIENE DE LO PROPIO	143
Mi cultura como otra	143
Del buen uso de la autenticidad.....	145
En pro de los modales de mesa en el canibalismo cultural	146
¿Identidad cultural?.....	148
El interés del desinterés.....	150
Una parábola.....	152
La europeización para todos.....	154
Llamada a los ausentes.....	156
VIII. EL EUROCENTRISMO ¿ES EUROPEO?	159
El eurocentrismo	159
El «centrismo» como fenómeno universal	160
La Europa excéntrica	161
Lejos de todo	163
El interés.....	164
El otro como punto de vista.....	166
La Edad Media.....	169
Honorato Bouvet como ejemplo-clave	171
Sentido y límites de un procedimiento	174
Conclusión.....	174

IX. LA IGLESIA ROMANA	177
El catolicismo ¿«romano»?	177
El problema de la cultura.....	179
Distinción y unión paradójicas	181
Papas y emperadores.....	185
Unión y distinción como consecuencias de la secundariedad.	187
La separación como consecuencia de la unión.....	189
La naturaleza del objeto revelado	192
La presencia de Dios en la historia	194
La entrada de Dios en la carne	195
Lo propio del catolicismo.....	197
El Cristianismo como forma de la cultura europea.....	200
X. CONCLUSIÓN: EUROPA ¿ES AÚN ROMANA?	203
Marcionismo y modernidad.....	204
¿Somos aún romanos?	208
El Cristianismo y el porvenir de Europa.....	212
NOTA FINAL	215
ÍNDICE DE NOMBRES.....	221

NOTA A LA NUEVA EDICIÓN

Mi primerísima reacción ante esta reedición de la traducción castellana debida a mi muy querido amigo y colega filósofo Juan Miguel Palacios, perfectamente a gusto en francés como en español, es evidentemente la alegría y el agradecimiento. Estoy contento de pensar que este libro, que había sido objeto de una primera edición en 1995 —una de las primeras traducciones entre las diecisiete que ha tenido la suerte de tener— y que estaba agotado desde hace bastante tiempo, estará nuevamente disponible para España y la América de lengua española.

Estoy contento igualmente de que esta reedición permita incluir en él el nuevo capítulo VIII, redactado en 2004. No figuraba más que en las traducciones aparecidas después de esta fecha, por tanto, en italiano, polaco, holandés, estonio, brasileño y noruego. En cambio, se halla ausente de la tercera edición en su lengua original, publicada en formato de bolsillo en 1999 y reeditada luego sin modificación.

Desde entonces, algo más de treinta años después de la primera edición de 1992, ha llovido mucho. Europa no ha dejado de estar en el centro de debates y, en primer lugar, bajo la forma de la que se llama a sí misma Unión Europea. Esta construcción jurídica ha atravesado muchas vicisitudes, de referéndums a tratados; se ha ampliado y ha visto luego al Reino Unido alejarse de ella; sus instancias dirigentes han conocido una deriva hacia

la centralización, suscitando en los pueblos la respuesta de un creciente escepticismo. Tantos problemas que, a Dios gracias, no son los míos.

Mas la cuestión de saber lo que significa el hecho de que la «unión» en cuestión se designe a sí misma con el adjetivo de «europea», esta cuestión continúa extrañamente siendo poco abordada y aún menos tratada. Espero que la presente obra ayudará, por lo menos, a convencerse de la necesidad de plantearla.

He tenido desde entonces ocasión de llevar mi reflexión a muchos otros asuntos diferentes de Europa, sin romper sin embargo con las intuiciones que aquí he publicado.

Al contrario, algunos de mis trabajos posteriores pueden considerarse como el desarrollo y, espero, la profundización de aquello de que el libro se encontraba preñado. No, por otra parte, sin que esta floración inesperada me haya sorprendido a mí mismo.

Así, las consideraciones sobre las fuentes de la cultura europea (capítulos V y VI) han sido desarrolladas y nutridas por mis investigaciones sobre las filosofías medievales en mi *En medio de la Edad Media* (2006).

Igualmente, mis reflexiones sobre el cristianismo (capítulo IX) han sido prolongadas en *Del Dios de los cristianos y uno o dos más* (2008), así como en *Sobre la religión* (2018).

Mis inquietudes respecto a la influencia posiblemente deletérea del proyecto moderno sobre lo que hace avanzar a la cultura europea (capítulo de conclusión) se vuelven a encontrar, apoyadas y ampliadas en una reflexión sobre la naturaleza misma de la modernidad, en *Moderadamente moderno* (2014), *El Reino del hombre* (2015) y *Manicomio de verdades* (2019).

Por fin, la comparación entre Europa y el Islam, esbozada y dispersa en los capítulos III a VI, puede desde ahora apoyarse en mi reciente *Sobre el Islam* (2023).

De esta suerte, el presente libro, a pesar de su brevedad, constituye como la célula germinal de la que han salido, o, si se prefiere, como la plataforma giratoria que pone en mutua comunicación buen número de mis investigaciones.

Ediciones Encuentro, fundada por mi amigo José Miguel Oriol y ahora dirigida por su hijo Manuel, me ha hecho el honor de publicar en traducción buen número de mis libros cuyo título acabo de indicar. Añadiendo hoy esta, revisada y aumentada, de mi *Vía romana*, merece una vez más mis más sinceras gracias.

Rémi Brague

París, junio de 2023.

I. LAS DIVISIONES CONSTITUTIVAS

Cuando, como yo hago aquí, uno se propone hablar de Europa, tiene que decir primero lo que él entiende por eso. Si no, uno se condena a llamar con ese nombre a todo y a lo contrario de todo. Así, se ha sido testigo en Francia, en el momento del referéndum de 1992 sobre la ratificación del tratado de Maastricht, de una inflación de libros cuyo título se adornaba con la palabra «Europa» o el adjetivo «europeo». A menudo se trataba, por parte de editores poco escrupulosos, de añadir a lo que fuera una etiqueta que, en el momento, hacía vender. Allá donde el título correspondía al contenido del libro, se refería casi siempre a realidades que se habría estado más inspirado en llamar sea las sociedades industriales, sea el Occidente (frente a un «Oriente» sobre todo económico), sea la modernidad o cualquier otro nombre. Pero de reflexión sobre lo que es Europa, nada.

Ahora bien, es justamente una reflexión de ese género lo que yo me propongo realizar aquí. Siendo filósofo de oficio, pertenezco a esa raza de gente un poco obtusa «a la que es necesario, verdaderamente, explicarlo todo», incluso las cosas más claras: el Ser, el Bien, la Ciudad, el Hombre y algunas otras presuntas evidencias. Empezaré, pues, por plantearme la cuestión tonta, la cuestión socrática «¿qué es...?» a propósito de Europa.

Contenido y espacio

Cuando uno se plantea esta cuestión, se pregunta a menudo a qué género de cosas se califica de «europeas». Se obtiene entonces

una lista más o menos larga de datos, que parecerán positivos o negativos según el gusto de cada cual: la economía de mercado, la democracia, la técnica, pero también el imperialismo, etc. No se tendrá dificultad entonces en ver que esos fenómenos se encuentran asimismo en regiones del globo que no se vinculan a Europa, incluso que se encuentran antes y en un grado más elevado que en esta. Así, los Estados Unidos han hecho su revolución y emancipado a sus judíos más temprano que Francia. Hoy son acaso más «democráticos». El Japón, por su parte, está más adelantado técnicamente que Europa. Así aparecen dos conceptos de Europa: uno, que podría llamarse «cultural», agrupa un cierto número de hechos económicos y políticos; el otro, el concepto «geográfico», designa un cierto lugar del globo que podría indicarse con el dedo en el mapa.

Lo que es «europeo», incluso si se encuentra en la totalidad o en la mayor parte del globo, toma su nombre de su origen en un punto de este. Parece, pues, buen método tomar como punto de partida el concepto «geográfico» de Europa. Y es de este del que voy a hablar en el presente capítulo.

Todavía hay que notar que el enfoque geográfico por el que Europa aparece como un espacio no es un punto de partida. Incluso para los geógrafos, el nombre de Europa ha designado en la historia cosas diferentes. Distinguiré aquí tres sucesivas acepciones:

a) El primer sentido, el que sugiere la etimología, probablemente semítica, es el de una *dirección*, la del sol poniente: lo que significa la palabra árabe *Maghreb*, que, por otra parte, quizá tiene la misma raíz. No cabe, entonces, mostrar dónde está Europa, y todavía menos definir sus fronteras. Este sentido es tan antiguo como la expansión marítima fenicia: para los marinos venidos de Tiro y Sidón, la otra orilla del Mediterráneo estaba situada hacia el oeste.

b) El segundo sentido, que se encuentra en los geógrafos griegos, es el de un *espacio* en torno al cual se puede navegar, y al interior o al exterior del cual se puede uno encontrar. Más precisamente, se trata de ese espacio que va de la orilla occidental del mar Egeo hasta el Océano. Mientras nos mantengamos en uno de estos

dos sentidos, estar situado *hacia* Europa o *en* Europa no es más que una manera de situar aquello de que se habla, sin concederle una importancia, y aún menos un valor particular, no más que el que concedemos al hecho de vivir del lado de los números pares o impares en nuestra calle. Lo que lo manifiesta es que, en este segundo sentido, el adjetivo «europeo» no designa una cualidad permanente y que se lleva consigo, sino una simple localización, que es por tanto variable. Así Heródoto, en un pasaje que contiene, por otra parte, la más antigua aparición en griego —y en todas las lenguas— del adjetivo «europeo» (*europaios*), habla de una tribu que, habitando antiguamente en la orilla occidental del Helesponto, se ha instalado en Asia Menor. Y advierte que han cambiado de nombre, abandonando el que tenían cuando eran «europeos»¹.

c) El tercer sentido es el de un *todo* al que se puede pertenecer. Ser europeo no significa entonces ya, simplemente, estar situado en el interior de un espacio, sino ser uno de los elementos que constituyen un todo. Es solo tras el sueño de la reconstitución de un imperio de Occidente, cuando «Europa» se pone a designar una totalidad de este género. Esta totalidad es ella misma de extensión variable: lo que era al principio el imperio romano de Occidente se ha ensanchado hasta englobar la península ibérica y las islas británicas, el mundo escandinavo, la Europa central, etc., sin suprimir los matices entre esas regiones.

Distinguir estos tres sentidos permite alejar aparentes contradicciones. Así, por ejemplo, Aristóteles sitúa Atenas en Europa, es decir, al oeste del mar Egeo. Pero, por otra parte, cuando habla de los caracteres nacionales, sitúa a los griegos, no en Europa, sino más bien entre esta y Asia: Europa, muy fría, produce pueblos atrevidos, pero ingobernables; Asia, demasiado cálida, perezosos a merced del primer déspota; en cambio Grecia, templada, es el país de la libertad².

¹ Heródoto, VII, 73.

² Respectivamente, Aristóteles, *Física*, V, 1, 224 b 21, y *Política*, VII, 7, 1327 b 20-33, sobre todo 24 ss.

Un asunto de conciencia

De esta suerte la idea de Europa abandona el campo de la geografía para entrar en el de la historia. Esto es lo que permite preguntarse, en segundo lugar, por lo que implica la cuestión «¿qué es?» a propósito de Europa. Esto plantea un problema de método: ¿cómo definir una realidad que tiene que ver con la historia y con la geografía sin caer en un cierto «esencialismo», sin hipostasiarla de manera indebida? Pues, si se puede construir un concepto de las realidades naturales, que no cambian, ¿cómo hacer con las realidades que tienen que ver con la historia y son, pues, por definición, inestables y mutables? Se puede intentar una filosofía del hombre, de la virtud, de la ciencia, etc., porque son realidades consistentes y estables. Pero una filosofía de Europa, ¿en qué sería más hacendera que una filosofía del Eure-et-Loir?

No supondré aquí en modo alguno una especie de idea platónica de Europa que flote en el cielo inteligible. Pero, en el otro extremo, no consideraré por ello a esa palabra como una etiqueta que cubriría realidades totalmente extrañas unas a otras. En efecto, se alcanza por lo menos a encontrar, en un período bastante largo, una continuidad en el uso de ese término. Para decirlo en un vocabulario filosófico, por lo demás simplificado: si no se es ni platónico ni nominalista, se puede ser aristotélico, es decir, conceptualista. Lo que se llama concepto en filosofía se traduce en historia por la presencia de una *conciencia de pertenencia*. Es europeo el que tiene conciencia de pertenecer a un todo. Si no se tiene esta conciencia y, por tanto, si no se es europeo, esto no quiere decir que entonces se es un bárbaro. Mas no se es europeo sin quererlo. Para trasponer lo que Renan dice de la nación, Europa es un plebiscito constante. Incluso lo que reposa en la conciencia histórica, todo lo que es fuente, raíz, es vuelto a ver a partir de una conciencia; y, en una cierta medida, también la historia es fabricada a partir de aquella.

Esta elección de la conciencia como criterio de la pertenencia a Europa me permite responder a una objeción que se ha hecho a la primera edición de la presente obra. Los prehistoriadores registran

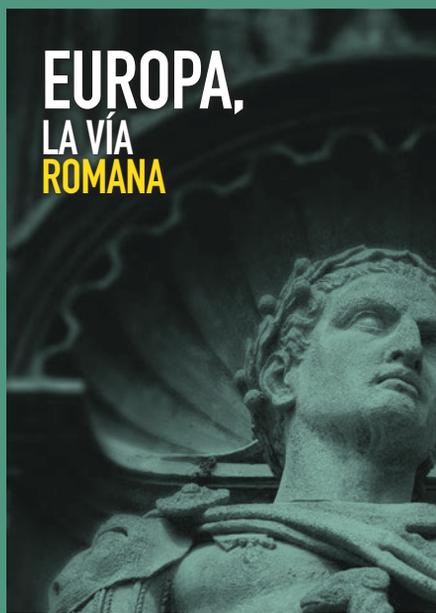


RAÍCES DE EUROPA n° 16

A la hora de definir su identidad, Europa se refirió muy pronto a su doble origen griego y judío. En los escritos de los historiadores de la Ilustración y los románticos del siglo XIX, se trataba de la famosa oposición entre Atenas y Jerusalén. Rémi Brague aborda de nuevo la cuestión de la identidad, centrándose en la «vía romana», la latinidad de Europa.

¿Qué caracteriza a Europa? Es una apropiación de lo que le es ajeno. Histórica y filosóficamente, Europa tiene sus orígenes fuera de sí misma. Tomando prestado de otras civilizaciones, los romanos lograron una síntesis que fue la base de la primera unidad cultural, el primer espacio europeo. Tanto es así que, aún hoy, definir Europa es marcar cómo se distingue de lo que no es ella por su carácter originariamente romano.

Esta nueva edición de *Europa, la vía romana*, un clásico del autor publicado en diecisiete idiomas, ha sido ampliada y corregida y cuenta con un nuevo capítulo nunca antes traducido al español.



Depósito Legal: M-29757-2023



ISBN: 978-84-1339-163-2



9 788413 391632